

Mi pieza, una suerte de morcilla con un suplemento colgante de carne, ocupa un lugar central en la biblioteca. Apoyada sobre los libros de filosofía, evoca solitaria y brillante, desde el promontorio de la repisa, imágenes diversas. La pieza invoca un estado de suspensión indefinible en el desgarró. Me hace pensar en una furia blanca, en el brío loco y furioso de una noche furiosa y también loca. ¿A quién refiere esa pieza, la despedazada morcilla, acaso al destino último, terminal, de un intestino reventado? Mal formulada la pregunta está: a qué y no a quién. El qué es una mesa de operaciones, una extraña planicie de sangre y silencio. Sangre, porque así llamamos al pus glutinoso que chorrea, perdón por la obviedad, desde el tubo que ya *no* contiene. Silencio, porque el goteo exige una suerte de respeto, algo así como el careo –solemne- de las viejas sedes policiales. En fin, como sea, la pieza está arriba de un ejemplar de la *Fenomenología del Espíritu*, de Jorge Guillermo Federico. Al azar intercalo un dedo y encuentro esto, que cito:

“El espíritu, ciertamente, no permanece nunca quieto, sino que se halla siempre en movimiento incesantemente progresivo. Pero así como en el niño, tras un largo período de silenciosa nutrición, el primer aliento rompe la gradualidad del proceso puramente acumulativo en un salto cualitativo, y el niño nace, así también el espíritu que se forma va madurando lenta y silenciosamente hacia la nueva figura [...] Estos paulatinos desprendimientos, que no alteran la fisonomía del todo, se ven bruscamente interrumpidos por la aurora que de pronto ilumina como un rayo la imagen del mundo nuevo.”¹

Me llama la atención la palabra “nutrición”. ¿En qué pensaba Wenceslao Roces cuando tradujo “nutrición”? ¿En chorizos, en morcillas, en chuletas, en vino, en mujeres voluptuosas, en los internos jugos del trabajo infinito de la digestión? “Las mejores conversaciones surgen cuando comienza formarse la mierda en los intestinos”, dijo alguien alguna vez sobre las charlas de sobremesa. ¿Pensaba Wenceslao en que Hegel, el inventor del sistema del espíritu absoluto, murió de cólera, esto es, que propiamente hablando se fue en mierda? ¿O se figuraba rubicundos niños mexicanos, críos sanos que trotan en las llanuras verdes de la verde Sonora? El hecho es que la imagen de Hegel en la palangana siempre me resultó algo por demás perturbador. Acude a mí la palabra “instrumental” en sus diversos sentidos: como reducción a función de algo o alguien, como forma de usar un objeto, como instrumento quirúrgico. El inventor del espíritu absoluto aferrado a la chata, función de una fisiología que lo usa, lo reduce a cosa. Tintineo de una palangana que ya no da. Las cientos de páginas de la *Enciclopedia*, de la *Fenomenología*, de la *Lógica*, literalmente se van a la mierda. Había dos trabajos: el del espíritu y el de ese cuerpo rechoncho que enflaquece, y despacito, se hace líquido pardo, moco blanquecino. Liquidado, Hegel hecho agua. Como sea, “Hegel hecho agua” piensa, sigue pensando. Y se convierte en título de una pieza de arte “moderno” –¡perdón, perdón! ¡se dice “contemporáneo”!- en el Centro Cultural Recoleta. Después de la muestra de Pablo Siquier viene la expo titulada: “Hegel en la ducha hace aguas”. Hay muchos críticos, mujeres y hombres bellos que huelen bien merced a sus perfumes. Se refieren a los cuadros oceánicos de la artista nóvel que presentó la muestra. Son acuáticos en la medida en que dicen: “Hegel en el mar”. Es una obviedad total, el vástago de una niña adolescente de Barrio Norte *con-tactos* y *con-exiones*. Yo me veo obligado a comentar esa muestra, vomito raudales en el medio de la comitiva. Todos se sorprenden al ver que mi devolución es un ejemplar de *La idea de la muerte en Hegel* de Kojève con prólogo (supuesto) de Sebrelí, que ignora, entre otras cosas, el alemán.

¹ Hegel, G.W.F., *Fenomenología del espíritu* (traducción de Wenceslao Roces), México, FCE, 2009, p.12.

O al alemán -a Hegel- si queremos pasar de un qué a un quién. Como sea, el vómito es curioso: Kojéve con peces diversos, sardinas vivas para más específicos ser. Aplauden los arenques, les gusta la muestra, sienten que hay un homenaje, pero el hecho es que lastimosamente los matan, los hacen vernissage. Es el modo que tiene de incorporar la generalidad a la particularidad (de la) deglución. Una artista rubia sale del público, croa sola, con la boca llena de escamas: “¡Cró-Cró!” dice Caro. Pequeña y nerviosa, da órdenes y somete a un crítico, también a dos. Sobre ellos lampiña y bella cabalga, los mete en su taller. Al descubrir que no son siameses -¡son dos!- punitiva les hace vivisección. Lo que encuentra es poco útil, no digno de mención. En mi -yo era uno de los secuestrados- halla intestinos, vísceras sobre puñales, una extraña forma de decir ¡no! En el otro, más parecido a un muñeco temerario, encuentra los arneses sexuales del popular Don Juan Manuel. Éramos simples cajas, “a la final”, no un quién, sino un qué. Como sea, Caro, Ipiño y yo armamos una ronda, la ronda de los filoartistas en reunión. Tintineos del juego de la botellita. Después del vidrio sobre el piso, clasificamos caracoles, revelamos secretos, nos confiamos pudores. Es la tarde, la tarde de un día de sol. Volvemos a Hegel, al filósofo blanco e invernal que contrasta con la tórrida jornada que habitamos hoy. Nos mira desde la biblioteca, nos relaciona con el todo, nos reprocha nuestro descontrol:

“Al confiarse a las emanaciones desenfundadas de la sustancia, creen que, ahogando la conciencia de sí y renunciando al entendimiento, son los elegidos a quienes Dios infunde en sueños la sabiduría; pero lo que en realidad reciben y dan a luz en su sueño no son, por tanto, más que sueños.”²

Y tiene razón el filósofo de mierda. Estamos en una suerte de estanque onírico; en las afueras, la residencia de Caro es todo vapor. Saltamos de tallo en tallo, nunca nos ahogamos ni por casualidad. En el croar eterno del día, escamosos y radiantes, nos olvidamos de la escudilla, del filosófico tazón, nos asoleamos sobre los juncos bañados por el sol. Volvemos de un salto a la biblioteca, allí está la pieza que nos mira en el aparador: un quién, no un qué, es el final del día, el ocaso del dios.

V.B.

² Ibid., p.12.